



TÓPICOS DEL
HUMANISMO
Nº 84
Julio del 2002

CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA

+

LUCHANDO POR MEJOR CALIDAD DE VIDA

William Vargas Loría



La presente reflexión acerca de la salud integral, se piensa abordar en cuanto al papel que como sujeto y objeto determina mi situación, y en la otra dimensión el cómo vivir entre la teoría y la praxis en un proceso que afecta mi propia existencialidad. Todo lo anterior, corresponde a un mundo objetivo que incide en la salud del ciudadano costarricense, básicamente, en aquellos pacientes que han experimentado un trasplante de riñón. El reto mismo de enfrentar y convivir entre los límites de la vida y la muerte, ya no guardando las distancias teóricas, sino como parte de la vida cotidiana, viene a convertirse en un elemento más de angustia existencial. Pero en lo esencial, también busco compartir y llamar a la solidaridad y a la reflexión acerca de lo justo y lo injusto en la atención que se brinda a las demandas en salud pública y que como responsabilidad constitucional pertenece al Estado Costarricense.

Pero como bien lo señalara la Lic. Ana Rodríguez¹ -1999-, ¿cómo desentrañar el laberinto sin fin que encierra la institución salud como instancia imaginaria? Por eso nuestra preocupación se orienta en la dimensión de lo que encierra el concepto de salud integral, contemplando, para el caso específico de la población trasplantada de riñones, (que somos más 1.000 pacientes en el país), el papel trascendente que juega la familia, el médico especialista tratante, los medicamentos, la clase política que conduce los destinos de la Caja Costarricense de Seguro Social, la burocracia en general, así como las mismas compañías farmacéuticas en la lucha por los mercados para sus productos, afectando directa o indirectamente los mecanismos del poder y sus decisiones, de la Caja Costarricense de Seguro Social que no siempre son coherentes con los lineamientos por alcanzar una mejor calidad de vida para sus pacientes.

Es en esto último, es decir, medicamento y compañías farmacéuticas, lo que más interesa desarrollar a la luz de un medicamento polémico como lo es el de Ciclosporina Sandimun Neoral, el cual es consumido por más de 100.000 receptores de trasplante en el mundo, estudiado por más de 20 años y cuya efectividad y seguridad han sido documentadas en pacientes de trasplante alrededor del mundo, que trata de cambiar la CCSS, por un producto genérico, que encuentra actualmente, el terreno abonado para su inserción, en un país que como el nuestro, no cuenta con el exceso de recursos económicos, limitado cada vez más por la crisis económica y los ajustes estructurales. Por lo anterior, se debe tratar de tener cada vez más una medicina más barata, sin embargo es nuestra tesis que ELLO NO IMPLICA QUE DEBE AFECTARSE A LOS CIUDADANOS. Esto es parte de la esencia de esta reflexión o de la invitación a reflexionar junto a nosotros en defensa de nuestros derechos a la vida.

Se considera que a partir de una salud integral, es posible alcanzar una buena calidad de vida, orientando esfuerzos para obtener buenos indicadores en los campos fisiológicos, psicológicos, familiares, educativos, culturales entre otros.

El pensar en la salud, ha sido el producto de un proceso de aprendizaje de esa institución de lo imaginario que es la salud, en cuyo espacio se cruzan intereses de toda índole, incluyendo las que tienen que ver con el juego de los poderes, del saber y del conocimiento.

¿Qué es la Ciclosporina y para qué sirve?

Como parte de esta nueva praxis en la vida, es el de familiarizarse con nuevos mundos conceptuales como son los medicamentos. La Ciclosporina es un fármaco inmunosupresor, el cual contribuye en gran medida a que el organismo de los pacientes acepte los trasplantes realizados, denominado como de dosis crítica, o lo que implica que las cantidades absorbidas por el cuerpo humano deben ser exactas para evitar rechazo o intoxicación del órgano trasplantado de riñón, hígado, corazón, etc.

¿Qué es un medicamento innovador y cuál es la diferencia con un producto genérico?

De hecho cuando pensamos en nuestra salud, estamos también pensando en consumir los mejores medicamentos que nos permite alcanzar una buena calidad de vida.

En mi caso particular, tengo 6 años de consumir el Sandimun Neoral, al igual que mis otros compañeros(as), que hoy viven con un trasplante de riñón han logrado en un 96% de la población disfrutar de un buen estado de salud. Este producto que se consume en cápsula o líquido, contiene Ciclosporina en forma de microemulsión, que ha comprobado ser altamente eficaz en el tratamiento inmunosupresor y ha permitido la implantación del monitoreo C2, trayendo grandes beneficios para nosotros. O sea el de medir las dosis exactas que necesita el organismo.

Según los expertos, otras características esenciales de este producto innovador Sandimun Neoral (microemulsión), es que la Ciclosporina se absorbe para llegar a la sangre de una forma ágil y rápida, sin depender de otros factores como la bilis. Esto permite lograr concentraciones de Ciclosporina en la sangre que son óptimas y permite con ello una mayor sobrevida del injerto y menores tasas de rechazo crónico.

Una microemulsión es un sistema líquido termodinámicamente estable (se forma espontáneamente casi sin agitación y prácticamente sin aporte de energía), isotrópico (idéntico en cualquier dirección), transparente, fluido, formado por micelas de unos pocos nanómetros.

Para comprender mejor estas características del medicamento innovador, es importante mencionar que las microemulsiones o/w (oleoso/acuoso) por el tamaño de partícula, proveen grandes ventajas como vehículos de drogas muy poco solubles en agua como la Ciclosporina.

Dentro de cada cápsula de gelatina suave (blanda) de Neoral, existe una combinación de excipientes con ciclosporina en forma de microemulsión que se forma espontáneamente en presencia de agua, que realmente se hace disponible por los fluidos gástricos.

En cuanto al producto genérico, que el Departamento de Farmacoterapia de la Caja Costarricense de Seguro Social, recomienda

introducir al país, dice el Dr. Jorge Andrés Molina, especialista en farmacia industrial: "el producto Gengraf de la casa Abbott es una cápsula de gelatina dura sellada que contiene en su interior una formulación capaz de formar, en contacto con el agua, una dispersión acuosa, de aspecto ligeramente turbio, pero que no es microemulsión. No puede decirse que Gengraf cápsula y Sandimun Neoral sean equivalentes farmacéuticos por tratarse de dos tipos diferentes de cápsulas. Además sus formulaciones son distintas (la fórmula del contenido de las cápsulas de Gengraf es parecida al de las cápsulas de Sandimun originales).

La consecuencia directa de realizar el cambio está en que las concentraciones sanguíneas de Ciclosporina varían ampliamente en los pacientes y esto afecta tanto las tasas de rechazo agudo y crónico, así como la sobrevida del injerto.

Como es lógico, la razón que emerge con mayor énfasis es la de resistirnos y luchar porque no se nos cambie un producto innovador, por otro genérico, con todas las incertidumbres de sentido común y científicas que ello encierra. Tenemos un año de luchar, no sólo por seguir con vida, sino contra esos laberintos sin fin y a veces llenos de oscurantismo, que prevalecen en esa institución imaginaria la cual es responsable de la salud en Costa Rica. Consideramos que es una lucha justa, por nosotros y por el futuro de la salud de ustedes, porque todos somos parte de este escenario de la vida.

Tanto nuestros médicos, como la Defensoría de los Habitantes, señores diputados de la anterior y la presente Asamblea Legislativa, han apoyado nuestra lucha; sin embargo, el 23 de mayo del presente año, en el periódico La República de este país, la CCSS avisa, con anuncio pagado, la modificación por parte del Departamento de Farmacoterapia, de la ficha técnica de cicloporina, invitando a los proveedores de medicamentos a retirar la ficha que dice: Ciclosporina 100 mg/ml Solución oral para dispersión con 100 mg/ml de Ciclosporina A o modificada, frasco con 50 ml, permitiendo de esta forma, una igualdad de condiciones del producto genérico con el producto innovador.

Hasta la fecha no hemos escuchado ningún apoyo ni preocupación del Departamento de Farmacoterapia de la Caja Costarricense de Seguro Social por nuestro futuro, más bien hemos notado su resistencia para que los pacientes trasplantados sigamos adquiriendo un medicamento innovador y, por lo tanto, de una buena calidad de vida.

Como sujeto y objeto de un mismo proceso de los intereses de las nuevas dimensiones de globalizar las injusticias pero no las justicias, continuaremos en esta lucha sin fin hasta las últimas consecuencias, esperando el apoyo solidario de todos los costarricenses de buena voluntad. Ante las desinteligencias o mala fe que prevalecen en los juegos del poder institucional.

Esta lucha también ha sido preventiva ante la experiencia de la población irradiada, hemos preguntado quién o quiénes son los responsables de la pérdida de nuestros órganos trasplantados y al fin de nuestras vidas, nadie quiere asumir esa responsabilidad y la institución imaginaria de salud, parece perderse y perdernos en su propio laberinto.

1. PRAXIS, Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional. N° 53. pág. 179. Heredia. Costa Rica.

EN LOS ALBORES DE UNA NUEVA ÉPOCA

Arnoldo Mora Rodríguez

Hay acontecimientos en la historia que, por sorprendidos y radicales, desatan una especie de reacción en cadena de alcances universales e históricas consecuencias. Tal fue lo sucedido en los primeros días del mes de noviembre de 1989 con la caída del Muro de Berlín, símbolo del fin de una época. Desde entonces todo el mundo parece haberse percatado de que algo había cambiado en el rumbo que había tomado la historia. No es que se hubiese dado el "fin de la historia", como tan desafortunadamente había escrito el ensayista norteamericano de origen japonés Francis Fukujama, pero ciertamente se trataba de un signo de los tiempos nuevos. Sin duda, algo ha cambiado en los fundamentos mismos del mundo actual, no a partir de la caída del Muro de Berlín, sino desde mucho antes.

La historia, más que de hechos, se compone de procesos de largo alcance, los cuales son engendrados por causas profundas y perdurables, que luego producen esos hechos espectaculares que registra la crónica histórica y que sirven muchas veces para enmarcar las fronteras de los períodos históricos. Los hechos espectaculares no bajan de los cielos, ni surgen por casualidad. Son tan solo la manifestación la más visible de corrientes profundas que se vienen deslizando en el subsuelo de la historia, a la manera de la punta del iceberg que, más que revelar, oculta la inmensa superficie del glaciar que subyace navegando en las oscuras y abismales aguas del Océano.

La reacción espontánea ante la caída del Muro de Berlín fue decir, con el político francés Michel Rocard: "El siglo XX ha terminado". Con ello se quería decir que tomábamos conciencia de que se estaba gestando, un poco sin percatarnos hasta entonces muy lúcidamente de ello, una nueva época cuya manifestación plena solo veremos alborar con los inicios del nuevo siglo. Por ahora vivimos en las arenas movedizas de una tierra de nadie, de un período de transición, de una transformación en todos los órdenes, dicho sea de paso, mucho más profunda y desconcertante que la padecida en el cambio hacia un nuevo siglo vivido por las generaciones anteriores y tan solo comparable al cambio de milenio, es decir, al tránsito de la Alta Edad Media a la Baja Edad Media, concretamente, hacia el año 1000 en la Cristiandad Occidental.

Todo lo dicho hasta ahora, lejos de tranquilizarnos, aumenta nuestra zozobra, desasosiega aún más nuestro ánimo e introduce la incertidumbre como atmósfera generalizada en los medios intelectuales del mundo entero, mientras nos alejamos cada día de ese año 2000 que, en su momento, se había convertido en una cifra cabalística, por no decir apocalíptica. Con la caída del Muro de Berlín, en efecto, cayeron también los paradigmas (dogmas), es decir, los grandes criterios de verdad que nos servían de orientación en la vida individual y en la interpretación de los procesos históricos que nos rodeaban y que, gracias a los medios de comunicación, inundan cada día la intimidad de nuestras vidas y saturan la imaginación y la razón de toda la gente.

Pero los paradigmas han caído no sólo de un lado, el izquierdo, sino también de todos los lados. Hegel decía que los contendientes, a fuerza de antagonizar y enfrentarse,

terminan por parecerse y, sobre todo, por necesitarse mutuamente. El uno es la razón de ser del otro. El uno exige la existencia del otro para seguir siendo el mismo. Pero si uno de los contendientes abandona la lucha, el otro se ve despojado de lo mejor de sí, de su razón de ser, de aquello que había provocado su existencia y mantenía vigente su presencia en la historia. Hoy la caída del mundo comunista de Europa Oriental ha dejado perplejo al mundo capitalista de Occidente, quien se encuentra solo con todo lo que esto implica de crisis de identidad. Occidente domina el mundo, pero lo hace en solitario y la soledad alimenta su crisis de identidad. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está la raíz y causa de todos los males, antes tan fácilmente detectables pues el enemigo era visible y a él solo se podían atribuir todos los males reales o imaginarios? La soledad nutre el desconcierto. No sabemos para dónde vamos, ni dónde estamos parados. Ya no hay buenos ni malos. Al menos, estos no son tan fácilmente detectables.

Por eso, quizás, la tarea más importante del momento histórico que estamos viviendo es la de volver sobre nosotros mismos, mirar hacia atrás, ver el camino recorrido y partir de esa plataforma para aventurarnos en un nuevo viaje, como decía el viejo Platón, sabiendo poco o nada de la ruta, pero sí al menos teniendo la más elemental orientación de hacia dónde pretendemos ir. Para orientarnos hacia el porvenir debemos mirar nuestras raíces históricas. El pasado constituye el suelo firme sobre el que debemos poner nuestros pies si queremos dar un salto hacia adelante, hacia el futuro. Para ello, debemos arrojar una mirada retrospectiva y con fines de orienta-



ción más que de erudición, siquiera sea esquemáticamente, como punto de partida de una reflexión que nos capacite para asumir los principales retos del presente que vivimos y del futuro que prevemos.

Todo comenzó, al menos para la cultura occidental, hace mil años. Al acercarse al año 1000, la Europa cristiana era un vasto territorio selvático poblado de aldeas y pequeñas ciudades, donde solo una ciudad superaba los 100.000 habitantes, Roma, capital de antiguo Imperio de Occidente, siglos atrás destruido por las invasiones germánicas. La cultura era entonces enteramente agraria. La visión racional del mundo era teológica. Ni siquiera había un centro de poder debidamente identifica-

ble. Los herederos de la cultura clásica grecolatina estaban en Oriente, en los grandes califatos de Bagdad y Damasco, o en el Imperio Romano de Oriente con sede en Bizancio. En la Europa cristiana dominaba un sentimiento milenarista y apocalíptico, nutrido en la creencia popular de que Cristo volvería a juzgar a vivos y muertos en el año mil, tal como se desprendía de una lectura literal del último libro de la Biblia, el Apocalipsis. Un sentimiento de decadencia, de temor, de zozobra imperaba por doquier que se reflejaba en la descomposición moral incluso del único centro espiritual que tenía la Cristiandad, la Roma de los papas. Nunca como entonces llegó tan bajo el más importante centro de espiritualidad de Occidente. Por eso, a este siglo se le ha llamado significativamente: "El siglo de hierro...".

Sin embargo, llegó el año 1000. Y pasó el año 1000 y Cristo no regresó en la Parusía. No hubo Parusía. Europa comprendió que no era el fin de los tiempos, que las trompetas del Apocalipsis no despertaron con su metálica algarabía a los muertos de sus tumbas. Europa se percató que no había llegado el Juicio Final, pero que sí era el final de algo, de una época. Pero un final que no era el fin de todo, lo último, sino todo lo contrario: el inicio de algo nuevo, de una nueva era para pueblos y naciones. Entonces Europa cambió. Introdujeron algunas innovaciones técnicas, sobre todo, en la producción agrícola y la población comenzó a crecer. Surgieron las ciudades además de Roma, París la primera. Las plazas y mercados dieron el espacio para el crecimiento del comercio. Y a finales de ese siglo, el XI, el primero del nuevo milenio y segundo de la era cristiana, Europa salió del cerco en que la

tenía asfixiada desde el siglo VIII el expansionismo islámico que, desde entonces, dominaba la Península Ibérica, la punta extrema de Europa. Una nueva estructura económico-social comenzó entonces a desarrollarse, el feudalismo. Ya a finales de ese siglo se inició la aventura que hoy culmina exitosamente Occidente al dominar sin rival el mundo entero: el expansionismo de su cultura, de sus valores, de su visión de mundo y de su dominación económica y política.

Este inicio del expansionismo político, militar, económico, cultural y religioso de Occidente por el mundo lleva en la historia el nombre de "Las Cruzadas". Gracias a éstas, el Occidente Cristiano reconquistó las vías de comercio con el mundo antiguo oriental, entra en contacto con las culturas más desarrolladas del mundo árabe el que, a su vez, posibilita el acceso a Occidente a los textos de los filósofos, científicos y li-

teratos de la antigua cultura griega. En el siglo XII se crean las universidades, la *Metafísica* de Aristóteles es traducida al latín y se convierte en el manual obligado de la introducción a los estudios superiores. En el siglo XIV entra en crisis el régimen de cristiandad o césaro-papismo al derrumbarse la hegemonía política del papado y comenzar a despuntar el nacionalismo en torno a monarquías que desafían el poder del Emperador, en particular Francia. Estamos de lleno en el Renacimiento, primera revolución cultural de gran envergadura impulsada por la naciente burguesía mercantil. Europa inicia su expansión por el mundo. La cultura occidental deja de ser una cultura regional y se lanza a conquistar el mundo

entero, sobre todo, gracias a la colonización de América. Las revoluciones democrático-liberales, la revolución científico-técnica provocada por la implantación del método experimental, culminarán hacia finales del siglo XVIII con la revolución industrial y la consolidación del Estado-Nación moderno. Hemos llegado a la Edad Contemporánea.

Hoy esta era parece llegar a sus propios límites. El fin del siglo que acabamos de vivir, ha visto hecho realidad en todos sus extremos el sueño de Colón. El mundo entero cae bajo la hegemonía sin rival del mundo capitalista occidental de tradición cristiana acentado en los países desarrollados del Norte. Toda otra cultura por más antigua (Oriente) o militante (ISLAM) que sea, no parece a los ojos del observador de hoy más que como una cultura regional o provincial. Ante el expansionismo del capital transnacional y su imperio sin fronteras, las economías de subsistencia tradicionales desaparecen como una hoja seca en la tormenta, como lo previeron Marx y Engels en el Manifiesto de 1848. El Estado-Nación entra en crisis debido a la formación de bloques continentales de mercado.

Pero ese expansionismo de las fuerzas de mercado, de la sociedad capitalista con sus grandes desequilibrios sociales, de la sociedad de consumo y sus espejismos, de la implantación de sistemas políticos de democracia formal pero carentes de sustentación material e inmersas en abismales y ancestrales injusticias sociales, no se da sin fuertes contradicciones que constituyen una amenaza permanente de destrucción y retroceso humano a gran escala. Estas contradicciones se dan, tanto en los países o bloques hegemónicos desarrollados del Norte, como en los países periféricos y mayoritarios del Sur. Los unos buscando ventajas en la apertura de mercados, los otros resucitando querellas políticas y culturales que por siglos habían sido reprimidas al implantarse los estados nacionales. Así, las identidades étnicas, lingüísticas y religiosas hasta ahora reputadas como fantasmas del ayer ya superados, renacen con inusitada virulencia, demostrando con ello que no se puede avanzar hacia el mañana sin asumir las contradicciones del ayer en un presente incierto y azaroso.

Pero más allá de estos conflictos que nutren la crónica periodística cotidiana y que dan pie al análisis permanente del acontecer político, debemos dirigir nuestra mirada más hondamente. Las incertidumbres de estos albores de un nuevo milenio nos obligan a ello. Las crisis mencionadas no son más que síntomas de un malestar más profundo que es preciso detectar antes de que la enfermedad se convierta en incurable. Como en el caso del cáncer, los grandes desafíos de la historia solo pueden tener un desenlace feliz o, al menos no fatal, si sabemos detectarlos a tiempo. La decida o la falta de lucidez y entereza en aplicar los remedios oportunos, son peores que la enfermedad misma y, ciertamente, su mejor aliado.

Estas cuestiones tienen su sustento en el hecho evidente del contraste entre el triunfo aplastante de la Cultura Occidental y las profundas contradicciones que dicho triunfo trae aparejados. Esto nos lleva a preguntarnos lo siguiente: ¿A qué precio Occidente ha logrado este triunfo sin precedentes en la historia de la especie humana? Una respuesta a esta cuestión solo puede darse si indagamos en las raíces y presupuestos filosóficos en que se ha nutrido el desarrollo de Occidente. En otras palabras, ¿qué conciencia de sí ha tenido Occidente para lograr la capacidad de llegar hasta donde ha llegado? Formularse esta cuestión es tanto más necesario cuanto más indagamos sobre los orígenes de nuestra cultura. Las raíces de la cultura occidental son el racionalismo de la filosofía griega y la ética antropocéntrica del judeo-cristianismo, todo eso impulsado por el sentido pragmático de la revolución científico-técnica de los siglos recientes.

Lo grave de esta amalgama es que, al adoptar un tanto acriticamente la racionalidad pragmática inherente a la mentalidad científico-técnica, Occidente ha minusvalorado el humanismo de la filosofía griega y de

la ética cristiana. Occidente en estos últimos siglos ha logrado vencer a las fuerzas ciegas de la naturaleza. Pero corre el riesgo de destruir, gracias a su real poderío, esa misma naturaleza de la que procede su propio talento y poder. Grecia veneró la naturaleza (Physis). El judeo-cristianismo considera que el mundo es bueno porque ha sido creado con amor por Dios, como enseña la primera página del primer libro de la Biblia, el Génesis. El hombre mismo ha sido "creado a imagen y semejanza de Dios", como lo dice el mismo libro sagrado.

La raíz de todos nuestros males está en el olvido de nuestras raíces. Estamos como el mono que desgaja la rama en que está aferrado y que, hasta ahora, le ha impedido precipitarse en el abismo. El mayor enemigo que tiene el hombre actual es él mismo, su propio poder acumulado gracias a una revolución científico-técnica que lo ha llevado a desafiar con éxito las fuerzas ciegas de una naturaleza indómita. Hoy estamos a punto de que todo perezca, no por ausencia de poder, sino por incapacidad de controlar el poder acumulado. La naturaleza hoy no es nuestro enemigo. Al contrario, como madre amorosa nos ha entregado sus secretos. Cada día asistimos admirados al descubrimiento de sus maravillas y a los tesoros que, como la cueva de Aladino, encierra en su seno haciéndonos pasar de la perplejidad a la euforia sin límites.

Pero por mirar hacia fuera, el hombre se ha olvidado de mirar hacia dentro. Un abismo insondable se abre en su propio corazón y, mientras más nos admiramos de lo que ven nuestros ojos gracias a los portentos de la ciencia, más nos horrorizamos del misterio de iniquidad que encierran los pliegues y repliegues del alma humana. En esto Sócrates se equivocó: la ignorancia no es la sola causa del mal. Más allá de la razón hay en el hombre otra facultad descubierta por Aristóteles en su ética: la voluntad, que de alguna manera escapa al imperio de la razón. Ya los trágicos griegos lo habían intuido: la "hybris" es la causa de todos los males en el hombre. La "hybris" griega no es el equivalente a la soberbia en el sentido como se entiende el concepto de pecado en el cristianismo. No es un acto éticamente malo, conscientemente asumido como la soberbia de Lucifer al levantarse contra Dios. La "hybris" de que nos habla la tragedia griega es algo más normal en el hombre, es la embriaguez que provoca el triunfo, el mareo o vértigo que afecta a quien no está acostumbrado a mirar el panorama desde las alturas.

La gran lección que nos da la sabiduría antigua es que para el hombre es más peligrosa la victoria que la derrota. Porque las derrotas debidamente asimiladas, son una fuente inagotable de sabiduría, mientras los triunfos no asimilados son tan solo el preludio de la tragedia. Bien sabemos que las alturas producen mareo. Es mejor estar desarmado que tener armas en manos inexpertas. En este último caso, las posibilidades de destrucción son mayores y de consecuencias con frecuencia irreparables. En resumen, el hombre actual solo tiene un enemigo, él mismo. Ya lo decía San Agustín: el mal no puede provenir de Dios que es infinitamente bueno, ni de la naturaleza que ha sido creada como un acto de generosa bondad por Dios. El enigma del mal solo puede encontrar su respuesta en el fondo del corazón humano, en eso que San Agustín llamaba "libre albedrío". Sin embargo, como dice Sartre hoy día, el hombre está condenado a ser libre. Por ende, el remedio no está en renunciar a su libertad, renuncia que, por lo demás, es imposible por ser inherente a su entraña ontológica.

La sabiduría, nos dice Kant, consiste en la toma de conciencia lúcida y consecuente de nuestras propias limitaciones. Una tarea se impone a todos los que tienen poder, no sólo a causa del control del aparato del Estado, sino también en la sociedad civil con sus fuerzas sociales, políticas e informativas. Esta tarea consiste en lo que los antiguos llamaban "prudencia", es decir, lo contrario de la "hybris", de la embriaguez que dan el poder, la libertad, la riqueza o el saber. Debemos redescubrir viejas verdades como que la felicidad está dentro de uno mismo, en la autoestima y

el amor hacia los otros, en la capacidad diálogo y la generosidad, en el goce y disfrute de la contemplación estética, en el descubrimiento de nuestra capacidad autocreadora.

Esto no obstante, lo dicho si bien es correcto, tiene la limitación de que tan solo se reduce a una ética o sabiduría personal e intersubjetiva. Los grandes problemas políticos, sin embargo, se juegan en la esfera de lo que Hegel siguiendo a los griegos llamaba "lo público", es decir, en el ámbito que trasciende lo doméstico. En la esfera de lo "público", dos son los grandes retos que debe asumir la humanidad hoy día:

- La democratización de sus logros materiales y culturales. La ciencia y la tecnología no son saberes esotéricos ni intimistas. Por naturaleza son del dominio del que penetre sus misterios. La transmisibilidad del saber es la característica formal fundamental de todo conocimiento racional, decían los antiguos sofistas. La ciencia es democrática en su propia esencia. Por eso no puede ser monopolio de algunos países. Esto es tanto más importante cuanto que el saber científico-técnico se ha convertido hoy día en una especie de destino inexorable para toda la humanidad, como lo afirma Heidegger. Hoy la humanidad es inconcebible sin el avance de la ciencia y la tecnología, que penetra hasta en el último rincón de nuestra vida cotidiana y hasta en el último centímetro del planeta. Hacer que los logros sociales, económicos y culturales que ofrece el avance científico-técnico lleguen a ser patrimonio de toda la humanidad, es condición indispensable de una paz duradera y de un desarrollo equilibrado de todos los pueblos que componen la humanidad.
- Lo dicho no se logrará si no se da un respeto internacional a la identidad cultural de cada región del globo. Esto es particularmente importante en caso de conflicto militar. El monopolio de la violencia no puede estar en manos solo de algunos países que tienen el odioso privilegio del derecho al veto en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Debe haber condiciones reales para que haya amplios consensos a fin de resolver los conflictos. Los desequilibrios ya de por sí abismales entre el Norte y el Sur, que amenazan con destruir a la humanidad, se agravan si todo el peso del control represivo de los conflictos regionales se entrega en manos de algunos países.

Para hacer realidad todo lo anterior, se requiere como condición indispensable la construcción de un nuevo orden internacional, que implica la transformación radical de las Naciones Unidas, tanto en su estructura actual como en el ejercicio mismo de sus funciones. Los objetivos y fines de las Naciones Unidas son muy nobles. No se trata de cambiarlos sino de hacerlos realidad en un mundo donde el maniqueísmo propio de la guerra fría ya es obsoleto. Las Naciones Unidas son un gran logro por su sola existencia para la humanidad, que debió pagar el durísimo precio de dos guerras mundiales para convencerse de su importancia. Pero las Naciones Unidas deben ser el centro de convergencia de todos los pueblos, donde éstos diriman sus conflictos políticamente y no agravando, mediante el uso poco prudente de la violencia, esos mismos conflictos. Las Naciones Unidas deben ser constructoras y promotoras de la justicia social y el desarrollo. Nuestro país, junto con muchos otros pueblos de la tierra, debe hacerse portavoz de ese clamor que brota de los corazones y de las conciencias de multitudes en todos los rincones de la tierra. Porque entre más altas y grandes sean las causas por las que luchamos, más es necesario aunar esfuerzos, reunir voluntades, enervar corazones. En tareas como éstas nadie está de sobra, todos somos indispensables. Las Universidades en la primera trinchera.



Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

**MIEMBROS DE LA
COMISIÓN EDITORIAL:**

Dr. Carlos Araya Guillén.
Vicedecano del Centro de
Estudios Generales.
Profesor: Alfonso Chase Brenes.
Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz.
Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

Para enmarcar los acontecimientos mundiales el humanismo ha de primar sobre toda discusión que a partir de ahora se realice; es indudable que la nueva época es un renacimiento: surge por la necesidad de ver la globalización como bien económico, el panorama social y político tiene una enfermedad y el supuesto de que el planeta Tierra pierde la biodiversidad. La naturaleza, fauna y flora, será para la contemplación de los nuevos ricos y las últimas generaciones de jóvenes que verán lo por venir, con el entusiasmo y la voluntad de que viviremos en paraísos del destierro. La idea es esta: los países periféricos serán subordinados a los intereses imperiales de las grandes potencias, que además impulsarán su competencia, y América Latina como patio trasero será el jardín de pruebas militares y contundentes a ser víctimas de todo el desarrollo que desplegará la alta tecnología para implantar nuevos laboratorios de ciencia y desarrollo, como lo llaman a este paradigma. La incitación a ver un modelo en los albores de la nueva era es entonces una panorámica necesaria como lo ve el autor del presente ensayo, en donde puede uno vislumbrar lo que ha sido el desarrollo de Occidente como una paradoja ínclita a la sabiduría, la prudencia, el buen despliegue de la inteligencia de los individuos en la construcción del futuro. Puede ser una visión optimista y también una visión crítica de la hora en que hacemos el consenso para no perder la conciencia lúcida, para realizarnos en la promoción de los derechos humanos, y la vinculación de la hermandad universal, del humanismo autóctono y la perseverancia en la fe de los hombres, en la libertad libérrima que debe existir entre todos.

En otro punto de vista, he aquí un trabajo sobre la calidad de vida que toca la discusión en la medicina de productos genéricos propiciados por los entes directores de la salud en nuestro país.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

